

rosos votos al cielo, formé las mas serias protestas para lo futuro, gasté lo que me restaba del dia, en escitar mas y mas á la penitencia, y repetir incessantemente: ¡ven, feliz alma mia, ven sin demora, y recuerda LO QUE DIOS HIZO CONMIGO!

*Meditacion sobre lo dicho, &c.*

### DIA SESTO.

CONQUISTA DEL REINO DE CRISTO.

Amanecié el sexto dia de mis ejercicios, y presencié desde luego un admirable campo de batalla, en el que se avistaban numerosos ejércitos, empañados en el combate. Se oye la voz de dos generales protegiendo sus respectivas banderas, se previenen planes, se extienden proclamas, y se proponen á ambas partes cuantiosos premios al merito y al valor de los combatientes. Mucho debia yo interesarme en la consideracion de este negocio, siendo la salud ó ruina de mi alma, así como la de todos los hombres, el principal objeto de esta contienda. Soldados míos, oí que decia cólerico Satanás á sus ángeles, nuestro honor es enteramente perdido, si el hombre ocupa las sillas de donde fuimos arrojados: es badle, pues, su salvacion eterna, y

cedle cuantas riquezas, honras y delectables apetesca, pues ya sabeis que con estas armas lo hemos postrado, y es hasta el dia nuestro esclavo. Jesucristo por el contrario, revestido de mansedumbre y dulzura, hijos míos esclamaba, condolido de vuestra suerte he descendido á la tierra: mi poder crió esa alma, y no quiero que otro sea dueño de ella. Pelearé hasta morir, y daré por bien empleados mis trabajos si con ellos logro romper las cadenas de vuestra esclavitud que habeis arrastrado por cuatro mil años. Habeis desertado varias veces de mis banderas; pero no os acobardeis, pues si soy vuestro Capitan, tambien soy vuestro Padre. Unios á mí, pelead por vuestra causa valerosos, despreciad las ofertas de vuestros enemigos, que yo resistiré lo mas fuerte del ataque, y que vuestra sangre, por poneros en posesion del reino que os quitó la culpa; y me he vestido de vuestra naturaleza para enseñaros con mi vida y ejemplo el camino del cielo. Al oír tan amorosas exhortaciones solté las riendas al llanto arrojándome do las solemnes promesas, echas desde el bautismo, y quebrantadas en innumerables ocasiones en el disurso de mi vida. ¡Qué despojos al-

canzaré yo verificada la victoria, cuando no solo he vuelto las espaldas, sino que tomando lugar en el bando contrario, con la mas negra ingratitud, he peleado contra mi Capitan? Este dolor intenso me obligó á formar, desde aquel momento, el mas firme propósito de convertirme, y satisfacer mis delitos con áspera penitencia. Ante los santos todos del cielo, firmé esta palabra; y ocurriendo á la única Madre que en aquel conflicto podia socorrerme, ¡o Señora, la dije, olvida lo que hasta aquí he sido, y mirando únicamente lo que ahora soy, toma mi nombre que borra culpa, y pasándolo por tus purísimas manos, has que vuelva á colocarse en la lista de los valientes soldados de Hijo Jesus! Con esta idea salgo precipitado, solicito á mi confesor, y echome á sus piés, concluyo la relación amarga de mis delitos. Entonces la dulcísima memoria! entonces aquel ritativo ministro, consuélate me pues si has sido traidor, también penitente; el cielo va á confirmar lo que yo ejecuto en la tierra: en el nombre de Jesucristo yo te perdono, ya estás en gracia, combate con él y por él, no elvas á pecar, y ve en paz. Apenas garon á mis oídos las palabras de absolucion, cuando casi perdí el us

mis sentidos, por aquel gozo santo que se derramó en mi interior, y que como un suave aceite penetró hasta la médula de mis huesos. Me retiré á mi cuarto, y en tan dulces transportes, en el arreglo de la conducta de mi vida, que en lo sucesivo debia llevar, y en las demás santas distribuciones de la casa, ocupé aquel día, el mas feliz que me ha concedido el cielo. ¡Ojalá lo tenga siempre á la vista, para estar leyendo en él **LO QUE DIOS HIZO CONMIGO.**

*Meditacion sobre lo dicho &c.*

**DIA SEPTIMO.**

**PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.**

Si las muchas adversidades de la vida y los horrendos castigos que el Señor prepara á los ingratos, hacen formar una alta idea de la gravedad del pecado; nunca se palpan mejor su magnitud y consecuencias, que cuando vemos clavado en un afrentoso leño al Hijo de Dios, deseando con ansia perder su apreciable vida, por quitársela ese monstruo. La espantosa muerte, tremendo juicio, la misma eternidad del infierno no son colores tan vivos, como lo es la sangre del Redentor para pintarnos el enorme tamaño de la culpa. Confieso ingenuamente, cuando en aquella santa capilla, á voz del director, levanté los ojos de

mi espíritu, para ser testigo de esta lastimosa escena, á pesar de mi insensibilidad, se estremecieron mis carnes, y sin poder resistirlo, interrumpieron aquel santo silencio mis sollozos. ¡No tener siquiera un pobre lienzo para cubrir su desnudez, quien cubre los campos con tanta gala y viste los animales de suave pelo y pintada pluma! ¡no alcanzar una gota de agua para humedecer su lengua, quien es dueño del universo! ¡llorar en la cruz quien es la alegría de los cielos! ¡temblar la misma fortaleza, y agonizar entre deshombres y oprobios, el Escelso, el Impasible, Eterno! estos si son colores adecuados para retratar los estragos del pecado y formarnos el cuadro mas horroroso que verán los siglos. Pasé las horas de este dia tristísimo en estas meditaciones, contemplando la sucesion de trabajos que sufrió Jesucristo desde el principio su pasion con un portentoso sudor en Getzemaní, hasta que en el Gólgota, derramando liberalmente un torrente de sangre, para ahogar en ella á la culpa. Al concluir la tarde, por cuarta vez á la capilla á continuar la meditacion de las últimas penas del Salvador. Para ponderarlas reanuda el padre director su voz, y describiendo las tinieblas que cubrieron la tierra,

temimiento y luto de los astros, el choque de las piedras, el abrirse los sepulcros, rasgarse el velo del templo, y la agonía en que Jesus iba á entrar. Aquí bajé mis ojos, porque no tuve valor para ver espirar á mi Salvador: pero ¡qué importa esta diligencia, si le oigo decir, que ya está consumado el sacrificio, y encomendar su alma en manos de su divino Padre! Ya espiró sin duda mi Dios, dige, poniendo confundido mi rostro en el suelo: ya murió y yo he sido el aleve, cuyas culpas causaron ese deicidio. ¡Tendré atrevimiento para solicitar mi perdon? Si lo tendré y lo alcanzaré, siendo tú mi corredentora ¡ó Madre llena de amargura! y pues en calidad de tal te ha constituido tu querido Hijo desde la cruz, en este momento quiero aprovecharme de tu proteccion. Este concepto aviva mi confianza, repito los golpes de mi pecho, detesto seriamente mis culpas, y digo: he aquí, Señora, los efectos de la pasion. El costado de ese hombre Dios está abierto, ofreciendo salvacion á los pecadores: con vuestra licencia se acerca el mas inicuo de todos, deseando abrigarse en este puerto. ¡Mis dedos han derramado esa sangre, que aun está corriendo? Pues ella misma sea la que por tu medio quede es-

crito mi indulto, y este será el testimonio auténtico, que eternamente, me estará manifestando LO QUE DIOS HIZO CONMIGO. *Meditacion sobre lo dicho &c.*

**DIA OCTAVO.**

AMOR DE DIOS.

Enternecido justamente mi espíritu con las pruebas que me dió de su ardiente caridad mi adorable Jesus, di fin á mis distribuciones y procuré tomar algun descanso; pero repitiéndose en el sueño con una sucesion no interrumpida las imágenes, pasé la noche entera pero agradable vigilancia. Rápidamente por fin el dia octavo y último de mis ejercicios: y como era el asunto de las meditaciones el amor divino, me ocupé en repasar la incalculable serie de sus favores. Esto con la lectura continua sobre la materia, derritió la verdad mi corazon; pero este se dilató hasta al escuchar la numeracion que hizo el director de los beneficios en el origen de la naturaleza y de la gracia, que me cabia en mi pecho, ni me era posible moderar sus emociones. Vi al Omnipotente sacar del caos de la nada los seres, la luz, la tierra, las aguas, los animales, los cielos, todo existió cuando él mandó que existiera; pero igualmente advertí que el hombre, si el hombre era como el blanco principal que

caban esas manos bienhechoras. **Hágase, dice la luz, y la luz es hecha; pero para auxiliarlo, la tierra se vistió de plantas, flores y frutos; para sus necesidades y placeres; las selvas y los bosques le ofrecen animales que lo sirvan: los mares, peces que lo alimenten: el aire, aves bellisimas que lo encanten: y los astros y brillantes luceros, que en esos inmensos espacios de safir giran con orden y leyes inviolables, le son índices indefectibles de sus dias, de sus meses y de sus años. No pude ménos de exclamar avergonzado: Señor ¿quién es el hombre, que así lo engrandeces? Y cuando tanto me arrebataron los beneficios de la naturaleza, imaginad si es posible ¡cuál sería mi asombro al contemplar á un Dios empeñado en mi bien espiritual y eterna felicidad! El Padre me envia á su Hijo, me perdona: me rescata: el Espíritu divino, como regalo de caridad, me abraza y me santifica. ¿Examino mi corazon? lo veo hecho un templo de la divinidad. ¿Reprocho mi pobre naturaleza? la advierto elevada por la union con el Verbo sobre los seres angélicos. ¿Llaman mi conciencia mis culpas, mis delitos y mis ingraticudes? las hallo borradas con la sangre del cordero. En una palabra,**

